

“Este servicio, agrega Kératry, prestado á la corona mexicana, desagradó en Paris. El Gabinete de las Tullerías no aprobó este acto del Mariscal Bazaine, y le dió la instrucción de que no consintiese en que se hiciera préstamo alguno al tesoro mexicano. La caída del Imperio no era, pues, dudosa; comenzaba su agonía.”

Como los préstamos de Paris estaban ya agotados, y las rentas públicas disminuían considerablemente, por motivo del estado de la guerra y del despilfarro que se había estado haciendo, el Archiduque se vió en la forzosa necesidad de acortar los gastos desde principio de 1866.

Desde Abril de este año, según refiere el Sr. Payno en su obra tantas veces citada, “Maximiliano llamó á Don José M. Lacunza, y lo investió de una completa dictadura en el ramo de Hacienda, de modo que no se daba ni siquiera un peso sin su orden. Lacunza estableció las más estrictas economías, comenzando por reducir la asignación del Emperador á 500,000 pesos y á 100,000 la de Carlota; siendo reducidas también las de la Casa Imperial.”

Sin embargo de esa reducción, el Mariscal no había podido permanecer sordo al grito de angustia lanzado por el Gobierno imperialista; y el referido Lacunza reclamó el *socorro* de la Francia en una carta patética dirigida á aquel personaje, en la que hacía una pintura harto triste de la situación militar, desde el punto de vista financiero, trayendo á colación la división Mejía, las tropas de Quiroga, las de Franco, las de Florentino López y las austro-belgas; á éstas sólo se debía más de medio millón de pesos; á las de la guarnición *dos meses de sueldo*.

Y agregaba:

“Todos los gastos se han reducido á su *minimum*, comenzando por la lista civil del Emperador. S. M. se conforma con la tercera parte de la lista asignada, hace medio siglo casi, al Emperador Iturbide. Como V. E. sabe, se trabaja en el nuevo orden que debe exigirse en las rentas públicas, y del cual se aguarda un aumento notable en los productos, y además, se preparan nuevos impuestos, de los cuales ya algunos se han puesto en práctica, como, por ejemplo en las aduanas marítimas.”

“Pero no es dado al hombre retardar ni acelerar la marcha del tiempo, y en esto consiste el elemento de todo bien ó progreso. Para

que los nuevos proyectos den los resultados que estoy cierto no defraudarán nuestras esperanzas, se necesita indispensablemente cierto período de tiempo para su aplicación.”

“Es preciso contar con algo durante este período de transición. No pudiendo ser aún con los nuevos recursos, es necesario que sea la Francia la que nos los suministre. Esta verdad también fué reconocida y practicada por M. Langlais.

“Cuando acaeció su muerte, tan sentida, quedaron por un momento suspensos los recursos materiales, y el Gobierno tuvo que sufrir la ley que le impusieron los capitalistas á quienes se dirigió. No ignora V. E. lo que sobrevino: negocios ruinosos bajo todos aspectos; tales como se hacen bajo la presión de la necesidad, dieron al Gobierno recursos que le duraron ocho días, y lo desacreditaron por un tiempo mayor, obligándolo á emplear, para reembolsar las cantidades que le habían anticipado, hasta una parte de las rentas marítimas, y con las cuales debía pagar préstamos exteriores.

“Tal es el resultado producido por la retirada de la cooperación francesa antes del tiempo debido.”

“La alternativa para V. E. es, pues, ésta: ó bien imponer hoy al tesoro francés una carga ligera para terminar la obra emprendida por el Emperador, la cual es grande y útil en sí misma, ó bien abstenerse de hacerlo é imponer por consiguiente á ese mismo tesoro francés gastos y sacrificios mucho mayores.

“No puede abandonarse la empresa: ¿V. E. la terminará á poca costa? O bien dejará á su Gobierno la tarea de terminarla á costa de sacrificios inmensos?

“Tal es la cuestión Sr. Mariscal, que somete á V. E. vuestro sincero y adicto amigo.—J. M. A. de Lacunza.”

Dos días después del envío del anterior documento, refiere Kératry, que revelaba las angustias de Maximiliano, “se había reunido el Consejo en el Palacio imperial. Se hallaban presentes el General en jefe, M. Danó y M. de Maintenant, Inspector de Hacienda, delegado en México por la Francia. Maximiliano estaba rodeado por los Ministros de la Corona: la escena estaba llena de tristeza. El Sr. Lacunza reclamaba netamente de nuestro tesoro un préstamo mensual de 5 millones de francos: los representantes de nuestro Gobierno, en virtud de las instrucciones que se les habían dirigido, se habían negado

á conceder lo pedido. Entonces el Emperador lanzándose á la discusión, exclamó:

“Haciendo abstracción de todos los detalles, la cuestión puede resumirse en pocas palabras: *la bancarrota del trono ó la esperanza de salvarlo*. Si las personas que representan á la Francia en esta reunión no quieren aceptar la responsabilidad de haber gastado algunos millones, aceptarán la de haber dejado venir la bancarrota, lo cual, sin duda, no entra en los deseos del Emperador Napoleón, que siempre se ha mostrado el amigo del Imperio.”

“El Mariscal concedió la mitad del préstamo pedido por el Archiduque. Ya se ha visto qué recepción aguardaba en París á la iniciativa del General en Jefe.”¹

Anunciada oficialmente en notas diplomáticas la evacuación de México por el ejército francés, el Gobierno imperialista trató de explicar ese acontecimiento, para él de vida ó muerte, paliándolo á su manera, es decir, juzgándolo como un suceso natural y preciso, deducido de la misma naturaleza de los acontecimientos políticos verificados en el país por motivo de la criminal Intervención extranjera, y sin que su cumplimiento, por estricto que fuese, comprometiera de ninguna manera una situación que se consideraba floreciente y sólidamente establecida.

A ese efecto, el “Diario del Imperio,” en un editorial del número correspondiente al 21 de Mayo, intitulado “Situación política,” decía entre otras cosas lo siguiente, que el tiempo se encargó de desmentir de una manera elocuente y pésimamente mala para el poder usurpador, como no tardaremos en demostrarlo.

Escuchémosle:

“El Gobierno americano que no tiene agravio alguno de México, no puede faltar á sus principios ni al derecho de gentes haciendo una invasión en nuestro suelo, ni puede tener interés en que la anarquía y la guerra civil se perpetúen en nuestro país, como ha acontecido desde la época de la Independencia.

“Esto está en la lógica de la razón, en los hechos y conducta de aquel Gobierno, y en las creencias de los hombres de Estado de la Unión americana, como lo hemos visto expreso en sus notas repeti-

¹ Kératry.—Elevación y caída del Emperador Maximiliano.—Páginas 105 y 106.

das ocasiones. Así, es claro que el acuerdo entre los Estados Unidos y la Francia sobre la cuestión mexicana, y la salida del ejército francés, ni es una emergencia imprevista, sino un acontecimiento que debía realizarse, ni se debe considerar como el principio de una invasión del Norte.

“No encontramos, pues, fundamento, ni en la retirada de los franceses ni en los principios prácticos de la Unión americana, para creer que un elemento extranjero venga á destruir el Imperio.

“En cuanto á lo interior, queda la Nación mexicana para sostenerse con los recursos que tiene física y moralmente. ¿Cuáles son? No, ciertamente, unos centenares de la Legión extranjera y algunos soldados mexicanos, sin disciplina y sin elementos para llevar adelante la obra de reconstrucción y sostener el trono de Maximiliano, como dicen los redactores del “Marqués de Caravaca.”

“Queda la Nación mexicana con el instinto de su salvación, con el deseo de la paz, del orden, y con el horror á las venganzas y á la guerra civil..... Queda con un ejército nacional, tan hermoso, disciplinado y provisto como el que se retira; y sobre todo, queda con garantías y libertades, que á pesar de lo que se diga en contra, por pasión, ó por espíritu de partido, no se ha gozado sino en el Imperio.

“Figurarse la evacuación de las plazas y de las ciudades por el ejército que sale, dejándolas en el abandono sin auxilios, sin fuerzas que conserven el orden, es una mera suposición.

“Calificar desventajosamente al ejército mexicano suponiéndolo falto de disciplina y de recursos, es hacerle un agravio injusto y ofender á los mexicanos asegurando que no son capaces de salvar lo que han proclamado.

“Los elementos nacionales del Imperio no han de desaparecer con la retirada del ejército francés; por tanto, es seguro que en vez del cuadro de anarquía y exterminio que se presenta para dividir de nuevo la opinión y provocar los odios de partido, *hay esperanzas de la completa pacificación, y certeza de consolidar*, por último, un Gobierno estable. Este sabrá sostener la transición á fuerza de energía y actividad, y confía en el poder de la Nación.”

Sólo un espíritu altamente preocupado, ó una imaginación ciega y extraviada, podía estampar los conceptos anteriores y hablar en serio de la estabilidad y consolidación del trono sin el concurso de la Fran-

cia; de libertades y garantías disfrutadas plenamente; de ejército nacional, hermoso y disciplinado, y provisto de todo, como el que se retiraba; de amparo y protección suficiente á las plazas que los franceses desocupaban; y en suma, de esperanzas de la completa pacificación y certeza de consolidar un Gobierno; y esto se lanzaba á la publicidad, cuando en la práctica se veía que reinaba la duda, la miseria y el desconcierto; cuando el Imperio no contaba con ningún elemento nacional para su establecimiento y consolidación; cuando el arreglo del ejército era todavía un problema de difícil solución; cuando las Cortes Marciales seguían desplegando ese lujo de ferocidad y barbarie que las hizo tan odiosas; y cuando, según refiere Arrangoiz, se tenía conocimiento de la resolución del Archiduque de volverse á Europa, para lo cual sólo esperaba saber el resultado de las misiones de Almonte y Eloin, para ponerlo en práctica inmediatamente, ó diferirla si era favorable el de la del primero.

En el interior y al cabo del tiempo, se dió Maximiliano al trabajo de la reorganización de su ejército, pues no contando ya con los refuerzos austriacos, el único recurso que le quedaba consistía en enganchar á los soldados franceses cumplidos, y que en lugar de embarcarse para Europa quisieran servir en los *Cazadores*, acerca de cuyo asunto decía al Mariscal desde Cuernavaca, con fecha 17 de Mayo:

“Mi querido Mariscal:—El Emperador Napoleón, después de haberse visto en la necesidad de fijar de una manera formal y pública la retirada sucesiva de sus tropas, me escribe en su última carta que ha dado las órdenes más precisas para que se preste á mi Gobierno el concurso indispensable para la terminación de la obra que él ha comenzado de una manera tan gloriosa, y que se me dé toda la ayuda necesaria para formar de una manera sólida el ejército nacional, crear cuerpos mixtos y reformar los cuerpos voluntarios.

“A fin de alcanzar con seguridad este objeto, considero como una obligación y aun como un deber de conciencia, ponerme con vos, querido Mariscal, que sois el jefe de ambos ejércitos, en relaciones completas y continuas, para fijar de una manera definitiva los planes de organización, asegurar su ejecución, marcar los gastos que hay que hacer y determinar las personas que deben elegirse.....

“En este momento me parece que debe verse la cuestión militar bajo tres puntos de vista esenciales. La organización urgente de 20,000

hombres de tropas nacionales; la formación sólida de los cuerpos mixtos que habéis designado con el nombre de *Cazadores*, que son para mí la base del futuro ejército, y la pacificación sistemática del país.

“Para el primer punto, me parece que sería preciso aprovechar los pocos cuerpos dignos que existen hoy, como los de Mejía, Méndez, García, etc.; formar con ellos el núcleo nacional, y despedir inmediatamente todo aquello que sólo es una soldadesca sin valor. Pero ésta es sólo una medida preparatoria.....

“El segundo punto está completamente en vuestras manos: vuestra sabiduría y vuestro profundo conocimiento del país asegurarán sin duda su excelente solución.

“En cuanto al tercer punto, me parece muy útil conocer todas las relaciones é informes que los Comisarios imperiales y los Generales que mandan las divisiones territoriales han dado últimamente, y cuyas copias obran en mi secretaría. Por este medio es fácil formarse una idea completa de la cantidad de tropas que sería necesario poner en movimiento y preparar los fondos indispensables.”

Según una relación que da Kératry, el ejército imperialista contaba en sus filas el 31 de Diciembre de 1865, en tropas permanentes, móviles y municipales, 35,650 hombres de infantería, caballería y artillería (cuya arma era considerable y estaba bien municionada); con 11,073 caballos; belgas, 1344; austriacos, 6,545, con 1,401 caballos, lo que hacía un total de 43,539 hombres y 12,474 caballos.

“Después, agrega, en pocos meses nueve batallones de *Cazadores*, de diez compañías cada uno, y con efectivo por término medio de 400 hombres, quedaban instalados en los centros principales, de cuya defensa estaban encargados y arreglados de modo que pudiesen renovarse por un reclutamiento local. Vestidos, equipados y pagados por nuestro tesoro, su misión era recorrer sus distritos en patrullas ó las guardias rurales. Instructores y pagadores tomados de nuestras filas quedaron adjuntos á estas fuerzas, adonde dominaba el elemento francés, puesto que estaba representado por 66 oficiales, 130 sargentos y 1,502 soldados, llamados del cuerpo expedicionario.”

Se formaron, además, dos legiones de gendarmería reclutadas entre los belgas y los austriacos, las que se situaron en brigadas en los caminos, y estaban encargadas de custodiar el de Veracruz á México.

“Cuando la tempestad arreció, según veremos en su oportunidad,